

Carisma y profecía en la vida consagrada. Una llamada por el cuidado del fuego

*Marta Inés Restrepo M., odn**

El grupo que sigue de lejos a Jesús en su via crucis (Mc.15,40) cobra un importante papel en el Evangelio de Juan: María, la Madre del Señor, María de Magdala, la otra María y el misterioso discípulo amado. Todos ellos están allí, "junto a la cruz", en un retablo tardío (Jn.19,25-27) dibujado por el Evangelista, para hablarnos de aquella iglesia, particularmente femenina, que los estudiosos llamarán "la comunidad joánica". Un grupo que siempre desconcertó a Pedro como se deja ver en el capítulo 21 del Evangelio de Juan: "¿Pedro, me amas más que éstos?" (Jn 21,15); ¿Quiénes son estos, en plural?¹.

De alguna manera, en estas mujeres podemos descubrir los orígenes de un seguimiento de Jesús hasta las últimas consecuencias.

Estas mujeres que representan a la Iglesia fiel hasta el calvario, van a dejar una huella imborrable en una iglesia primitiva particularmente sensible al papel que las mujeres desempeñaron en ella, a partir de su trato con Jesús y de la deferencia de Jesús con ellas.

Hemos reconocido en la exégesis contemporánea que el Evangelio de Marcos se caracteriza en su estructura, como el evangelio del seguimiento. En efecto, la mirada del autor está puesta en Pedro como protagonista de primer plano en el discipulado, juntamente con

* Religiosa de la Compañía de María, Vive en Bogotá, Colombia. Docente de Teología en las Universidades Pontificia Bolivariana, Luis Amigó y Corporación Universitaria Lasallista de Medellín. martairm@cis.net.co

¹ Cfr. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Mujeres sacerdotes. en: *Mujer y Vida Religiosa, planteamientos y experiencias desde el feminismo y la perspectiva de género*. Varios autores. Ed. El Horeb, 1998.

Santiago y Juan que simbolizarán en la Iglesia comunidades diferentes. Pero ya en los sinópticos podemos adivinar dos tipos de discipulado, en los que unos siguen de cerca al Señor, "dejándolo todo" y viviendo el seguimiento en comunión de vida con El, y otros que continuarán siendo discípulos en su vida cotidiana como Marta, Lázaro y María, Zaqueo y Nicodemo, lo mismo que otros muchos que no fueron llamados al seguimiento itinerante.

El seguimiento de Jesús en los sinópticos utiliza la expresión *ακολουτειν* que significa tanto seguir como acompañar (Mc.3,14); de las mujeres nos dicen expresamente que acompañaban, (*ακολουτειν*) a Jesús?(Mc.14,10-41; Mt.27,55; Lc.8,1-3; 23,49.55)²; aunque a todos se les llame discípulos, en masculino. No existe la palabra discípula en griego. ¡Resulta tan poco común que en los tiempos de Jesús un maestro tenga discípulas! Tampoco existe la palabra apóstol en femenino, por la misma razón, aunque el libro de los Hechos se lo conceda a Junia y sea un apelativo muy propio para María Magdalena y para la samaritana, por sus respectivas misiones.

Pero no es mi intención tomar partido por un papel ministerial en las mujeres de la Iglesia primitiva aunque haya habido en ella algunas formas de diaconado y de consagración, ya sea para, las vírgenes profetisas (las hijas de Felipe) o para las viudas que se dedicaban al catecumenado de las mujeres. Mi intención es sobre todo subrayar el aspecto carismático y profético de estas mujeres y de este tipo de seguidores de Jesús en exclusiva, en los que se bosqueja ya lo que ha de ser nuestra vida consagrada hoy. De nuestra vida se sigue hablando como de una vida marginal, liminar, que acontece en los bordes de la Iglesia y del mundo... Este mundo continúa siendo tan particularmente sombrío para los pobres, como lo señalaba Mr. Pironio en la Argentina de los años 70. Las estructuras económicas continúan devorando a los más pequeños: indígenas, desplazados, emigrantes, negros, sin hablar del empobrecimiento galopante de las clases medias.

En este mundo así, Jesús nos sigue llamando como a varones y mujeres en disponibilidad profética. La Vida Consagrada de nuestro continente continúa sosteniéndose por medio de estructuras sólidas y

² M. GESTEIRA GARZA. La llamada y el seguimiento de Jesucristo. en: *El Seguimiento de Cristo* (en col). Universidad Pontificia de Comillas, 33-72. Madrid, 1997.

fuerter, que invitan a una reflexión teológica desde la perspectiva de esas dos experiencias primitivas: la de la profecía y la del carisma.

Las estructuras se parecen a los huesos

A veces da la impresión de que la Vida Religiosa se hallara atrapada por sus estructuras, como Marta en las tareas de la casa (Lc.10,40).

¿Qué es una Institución? Relatos fundadores, reglas, normas, ritos, una identidad que se ha ido construyendo por un "nosotros somos así" narrativo en el que no dejan de asomarse ciertos fundamentalismos, no sólo en nuestras Congregaciones, sino en la Iglesia misma. Desaparecen unas formas para levantarse otras, con no menos exigencia y rigor.

Con el paso del tiempo la Vida Consagrada se ha ido haciendo, en su evolución de lo carismático de las experiencias fundadoras y reformadoras, a lo organizacional y sacramentalmente instituido. A formas de vida que en el cuerpo equivalen a los huesos, equivalen las estructuras. En ellos se apoya y sostiene la vida, como en sus bases todo el cuerpo. Pero a veces da la impresión de que la vida está atrapada por esas estructuras. Más por las mentales que por las funcionales. Son ciertos modos de ser y de ver de las personas que representan la satisfacción de la necesidad de seguridad, al que todo grupo tiene derecho.

Sin embargo, la vida común, tan importante en los espacios de los consagrados, necesita de "nivel y regla". Los espacios de la vida comunitaria y consagrada son la ecología que hace posible la vida para que ella de fruto; sin embargo, muchas estructuras todavía ahogan la vida.

La comunidad nos "soporta", nos sostiene, nos potencializa. Un seguimiento auténtico de Jesús es imposible sin el ejercicio de la "otredad", en la que el hermano y la hermana son el rostro vivo en que El se nos revela, se nos hace presente. Para sostener la vida comunitaria todos nos debemos a todos y en ella se da una relacionalidad permanente que nos ayuda a ser "seres humanos". Sin embargo nuestras relaciones fraternas se rigen mucho más por el "orden establecido", incluido en él nuestros trabajos y obras apostólicas, y la vida

se agota en las dificultades de las relaciones interpersonales. Son las estructuras mentales las que nos impiden ser más humanos entre nosotros.

Las estructuras son modos de relación: como en los edificios las hay de hierro o acero, de adobe o madera y todos ensamblados constituyen un edificio, así los modos de relación estructuran el mundo de la Vida Religiosa.

También en ella existen relaciones verticales y horizontales como las que se dan entre padres e hijos, entre la familia del padre y de la madre, de los hermanos entre sí. Los modos de relación de autoridad, poder y tener, del servicio y de debilidad... los votos, las costumbres, las fiestas, son también estructuras que sostienen nuestras obras apostólicas, escuelas, asilos, misiones... todos ellos han nacido para facilitar la vida, para que la vida sea posible. Pero vale la pena mirar hoy cuánto y cómo estas estructuras posibilitan una vida según el Evangelio y cuánto la separan de él, hasta el punto de que el edificio está en pie aunque la vida haya huido como huyó de la Cartuja de Parma.

¡Pero la vida es mucho más que los huesos en el cuerpo!

¿Qué nos queda del impulso fundador, de sus rasgos proféticos y carismáticos?

La vida profética de Jesús tuvo sus momentos culminantes por fuera de los muros: así lo fueron Belén y el Calvario. El fuego de Emaús ocurrió en las afueras de Jerusalén, así como Antonio quien se fue al desierto en la búsqueda de un Dios mayor.

La Vida Consagrada acontece en los márgenes de la historia y hoy se nos define como un movimiento liminal... En efecto, ella empieza a ser profética cuando toma en serio, el que primero está el seguimiento de Jesús, que las propias estructuras. Porque todo aquello que tenemos por estructura es defensa contra el miedo. Las estructuras muchas veces son mentirosas. Nos hacen creer que somos buenos, por el hecho de cumplir obligaciones y normas, juntarnos para rezar y comer y para tener los bienes en común. Son defensas contra el temor a darnos, a las implicaciones que el darse conlleva. El éxodo supone rupturas, inseguridad, desplazamientos, dificultades.

¿Quién nos asegura que las motivaciones por las que abrazamos la Vida Religiosa no fueron precisamente la búsqueda del calor de una familia, la búsqueda de apoyo y seguridad, de "hacer un nido en el alero del templo"?

Cuando hablamos de mística, también estamos hablando de carisma

Karis significa gracia, simpatía, encanto, atracción, espíritu, interioridad... Muchas otras palabras llenas de vida que pueden sugerirnos la "buena aventura" (Mt 5,1ss) que debe sugerir la vida en el Espíritu, la vida de Dios en un ser habitado por el amor. Esta *Karis* debe aparecer como sonrisa en el rostro, como infancia interior, como un encanto y alegría que son Evangelio de paz.

La Vida Religiosa está llamada a ser en la Iglesia una bandera, un signo levantado en alto. Ella debe indicar en dónde y cómo se encuentra a Jesús en nuestro mundo. La función del signo es mostrar algo, sacramentalizar una presencia. No sabemos por qué Trento no consideró a la vida consagrada como sacramento, ya que ella está llamada a ser un sacramento del Reino, el lugar donde se haga presente y eficaz la presencia de Jesús para los hermanos. La Iglesia, sin la Vida Religiosa perdería fácilmente su brújula, su norte, pero no la vida de cada uno en particular, sino la vida consagrada toda... La gente que nos mira vivir, que se relaciona con nosotros, no siempre tiene una imagen "ideal", sacramental, de nuestra vida, desde su función significativa. ¿Por qué?

En el carisma está en su germen la dimensión mística de la vida consagrada

La vocación religiosa pertenece ante todo al orden de los carismas, del don de Dios, de un regalo del Espíritu a la Iglesia. Surge en la persona como un llamado a una relación interpersonal con el Resucitado. Es algo del orden del amor y de la entrega. Una especie de vivencia que tiene el carácter de un imperativo categórico, algo así como el de una experiencia mística: Carlos de Foucault dirá: "cuando comprendí que Dios existía, comprendí que no podría vivir sino para El". No significa esto que el llamado no aparezca entre la oscuridad y la duda, escondida a veces bajo la sombra de lo cotidiano. Pero si no ha existido esta primera experiencia no podremos hablar propiamente de

vocación. Ella se manifiesta como algo que tiene que ver con una experiencia a la vez oscura y luminosa, de todos modos contundente y radical que invita a pertenecer por completo al Dios de la vida. Es del orden del deseo. En el Evangelio obedece a una mirada de Jesús, a una pregunta: ¿Quieres? Surge como un imperativo de absoluto. Amós, en el AT, describirá esta experiencia con metáforas dramáticas: como el león que ruge antes de aferrar su presa, como suena una trompeta en la ciudad para que el pueblo se alarme, porque "Hablando el Señor quien no profetizará?" (Am. 3,4-8), o como el fuego que experimenta en sus huesos Jeremías (Jer 20,9).

Al analizar una vocación desde el punto de vista teológico, diremos que pertenece al modo de una revelación. En efecto, la revelación no pertenece del todo al orden de las cosas o de las verdades a secas, sino de las relaciones interpersonales en el binomio Dios-hombre. Se trata de alguien que aparece en el camino, que se manifiesta... es del orden de la mirada, de la palabra y de la mano tendida. Surge muchas veces con las mismas características que en el NT tienen las conversiones.

Se da, para muchos, como la llamada de Jesús desde rostros muy concretos: rostros de mujeres pobres, de indigentes, de desplazados, de niños...³, surge como una intensa necesidad de solidaridad con la acción del Dios de la vida aún desde los espacios de la vida contemplativa. Es como el llamado al amor en un pueblo que debe surgir como una propuesta de Dios a una humanidad sin horizonte, porque la nuestra es una historia que está teñida de deshumanizaciones, de crueldades y violencias. Esta llamada se torna más difícil para las religiosas y religiosos que afrontan la adversidad precisamente en los lugares de conflicto, en donde resulta muy arduo mantener un clima de alegría y de esperanza cuando todo el entorno aflige a una comunidad. Hablamos de una llamada a hacer presente el rostro entrañimaternal de Jesús, con una mano tendida, un corazón compasivo y generoso, una identificación con la obra del Padre. Concebimos nuestra vida como una continuación de la obra del Dios que en su total vaciarse de sí mismo nos ha dado a su Hijo, quien a su vez se ha abajado hasta nuestros infiernos en pequeñez y humildad total. ¿Será posible para la Vida Religiosa esta conformidad con Jesús, ese tomar

³ Cfr. Puebla, 32-39. Véase C. M CABARRUS, *Seducidos por el Dios de los pobres*, Narcea, 1995.

su mismo camino (¡Él es el camino!), desde nuestras estructuras tan aseguradas todavía por todas partes, a pesar de los intensos esfuerzos que la mayoría de nuestros institutos han hecho para un retorno a las fuentes del Evangelio? Nuestros obispos nos han llamado a la opción por el pobre. ¿Será esto posible en medio de nuestros muros, rejas, puertas, llaves, votos, cargos, etc. etc.? ¿Será posible para nuestra Vida Religiosa recuperar su juventud y su alegría? Se trata de ponerse en pie y echar a caminar...

¡No sólo mística, sino también profética!

"Paréceme pues, que el auténtico profeta proclama directamente a Dios, afirma su realidad, su presencia y sus signos... el profeta, creo yo, expresa directamente a Dios; más que denunciar la falta de Dios, que eso lo hacen todos"⁴... Myriam, la mujer que iba al frente de su pueblo, danzando con otras para cantar las maravillas de Dios, fue la mujer que salvó a su hermano Moisés, y en él a su pueblo; prefigura a esa otra María, también profetisa desde su humilde canto del Magnificat. Myriam: la " Madre del Señor, mar de amargura como la llamó Lutero cuando pensaba en la espada de dolor que atravesó su corazón. Pero también significa Señora: María, bendita entre las mujeres, es paradigma de la profecía en el Nuevo Testamento como la primera Myriam en el Antiguo. La profecía es sobre todo anuncio bueno. Buenas noticias de salvación. Profecía a pesar de que el cuerpo sea dolor al momento de la cruz. Pero también la profecía dice esfuerzo, combate, superación, afrontamiento, éxodo, anuncio, esperanza. ¿Será que todo esto se transparenta en nuestra Vida Consagrada como signo? ¿Podríamos descubrir con facilidad esos signos? Son pequeños como la levadura que la mujer esconde en la masa.

Cuando ingresamos a la Vida Consagrada ninguno de nosotros conocía su Regla ni Constituciones. Nuestros fundadores quizás ni pensaron en ellos hasta cuando tuvieron seguidores y necesidad de ordenamiento de la vida común. Una lista de nombres, de ejemplos de vida llenos de significado, inspiraron el primer paso que dimos un día a este mundo desconocido que tenía su encanto y que se hacía sugerente

⁴ PILAR DE MIGUEL (Ed.) *Europa con ojos de mujer*. Primer Sínodo Europeo de Mujeres. EDV: Navarra, 1996. p 7

en ese nombre lleno de misterio y de hondura: Dios. ¡Vivir para Dios!, ¡ser para Dios!

Nuestro llamado se vinculó quizás a una casa más grande que la nuestra. Sus espacios amplios, silenciosos y limpios evocaban una Presencia. Sólo desde dentro hemos comprendido que lo escondido de Dios y su presencia no se refieren a edificios sino a personas, al hermano y a la hermana que reclaman nuestra dedicación, por razones de desvalimiento y de amor. Dios es amor. Es más una descripción que una esencia, porque Dios es mucho más que el amor que conocemos y que nos damos los unos a los otros. ¿Pero, aparece en lo carismático y en lo profético de nuestra vida la transparencia de ese amor?

Este tipo de amor no es posible sino desde una experiencia de oración que tenga la capacidad de renovar el amor cada día. De esto es de lo que hablamos cuando hablamos del cuidado del fuego. Orígenes llamaba a este tipo de oración, "oración de fuego". La misma que Jeremías experimentó dentro de sus huesos y transformó los labios de Isaías. Es el fuego que Joan Chittister advierte que arde debajo de las cenizas⁵. Es el fuego cuyo cuidado Israel confió a las mujeres en el hogar, a la hora de la bendición del shabat.

El fuego necesita tiempo y dedicación ante el Dios vivo. Hoy casi todos los institutos de vida consagrada tienen a su cargo instituciones educativas y de prestación de servicios a la sociedad que exigen una alta competitividad, sometida permanentemente a pruebas de calidad. Esta lucha por la calidad produce muchas veces pérdida de espontaneidad y de frescura. Y si bien exige una enorme abnegación por la necesidad de eficacia de los y las que a ellas se dedican, constatamos que las estructuras de este tipo de consagración son ambivalentes a la hora de ser también convocantes. Las vocaciones en estos campos disminuyen a niveles alarmantes y desaparecen. ¿Cuál será pues el horizonte que la realidad avisora para la oración de fuego, de una vida realmente profética? Nuestra Vida Consagrada se va pareciendo cada vez más a la levadura dentro de la masa, más que a una ciudad sobre el monte... Ambas son condiciones evangélicas. Ambas

⁵ J. CHITTISTER, OSB: *El fuego en estas cenizas, espiritualidad de la vida religiosa hoy*, Sal Terrae, 1996.

corresponden a las condiciones de vida de la Iglesia en el mundo. Pero la dimensión profética que el Espíritu le ha encargado a la vida religiosa, debe surgir de una escucha atenta a los signos del Espíritu en los mismos consagrados, tocados por la oración de fuego. Toca a las personas y a las comunidades hacer los discernimientos competentes...

Al escribir estas palabras he caminado imaginariamente por los rincones de la patria. Me he asomado a los cambuches donde yacieron los héroes que por el sueño de la paz dejaron su vida en los rastrojos. Cuerpos abaleados como el de una mujer que cubre la espalda de su marido para que no muera solo, o el de otra que de rodillas pide piedad a sus asesinos y cae de bruces asesinada por la espalda con el rosario en las manos. He oído el grito de los 3000 secuestrados de Colombia. Cristo sigue muriendo en las calles, en esos niños que por carecer de todo van del sacol⁶ a la pandilla. Sigue muriendo en los que por no tener oportunidades de una escuela continúan asomándose por la ventanilla de nuestros autos en los semáforos.

¿Qué significará en estas situaciones una vida profética? ¿Recuperará nuestra Vida Consagrada el sabor de aquel amor más allá de sus propios límites? ¿Ese amor que hizo avanzar a María hasta la cruz? ¿Será este amor "más grande" el que hará de la Vida Consagrada una bandera levantada al viento, una bandera que señale el camino a la Iglesia toda? Los caminos están por fuera y no por dentro de nuestros muros. Hay que buscarlos. "Muéstranos el camino", decimos en la Liturgia: "guía nuestros pasos por el camino"... (Lc 1,79). La cruz es marginación, es situación liminal, es impotencia. Y sin embargo, es la máxima revelación de Dios. En la cruz, dice Juan Pablo II, Jesús hace la máxima interpretación de todos los profetas. En este tiempo del laicado, estos laicos consagrados⁷ que somos los religiosos y religiosas, hemos de portar las marcas del Resucitado, desde el lugar o dimensión en donde El se encuentra Crucificado. María, pobre, nada podía; mujer, nada tenía; pero estaba allí "junto a la cruz" hecha compasión, comunión, compañía. Es allí donde la Vida Consagrada debe recuperar su capacidad de significación.

⁶ Sacol: pegante o bóxer que usan los niños para doparse en la calle.

⁷ J.C. GACÍA PAREDES. Teología de la Vida Religiosa. B.A.C. Madrid, 2002, p.188-189.

Para concluir, son tres las cuestiones que, a mi modo de ver, debe considerar la Vida Consagrada cuando reflexiona sobre el cómo de su condición en la Iglesia. En efecto, ella debe pensar en el hasta dónde:

— **Es capaz de hacer referencia a Jesús.** Capacidad de interpretación visible de las bienaventuranzas y de todo aquello que hoy llamamos, más que votos, "consejos evangélicos". Ellos más bien que tres, son un estilo de vida mucho más significativo que nuestros modos y maneras, que nuestros hábitos, costumbres y estructuras. Vivir el espíritu de Jesús es vivir el espíritu de las bienaventuranzas que emerge en aquellos que confrontan cada día su vida con el Evangelio: los caracteriza una libertad, una mansedumbre, una capacidad de consolar, una fortaleza, un corazón de pobres totalmente confiados en Aquel que cuida de ellos mucho más que de los pajaritos y de las flores, una semejanza radical a Jesús.

— **Es capaz de "portar las marcas de Jesús".** La opción por el reino desde la Vida Consagrada debe dar testimonio también de la *kénosis* de Jesús, es decir, una capacidad de abajamiento que le permite llegar hasta los infiernos de hoy. Esta nace en el pequeño grupo que nos pinta el Evangelio de Juan, el pequeño "resto" que acompaña a Jesús hasta la cruz. La Iglesia del amor y de la libertad. Y por último:

— **Es capaz de hacer comunidad,** de "hacer personas" más allá de las estructuras invisibles en que cada religioso o religiosa se "defienden" del llamado a entregarse cordialmente a los hermanos. La tarea urgente de una comunidad es la de "fabricar personas", seres humanos capaces de humanizar. Todos sabemos lo que las relaciones construyen o destruyen a las personas. Las realizan o las bloquean. Los candidatos y candidatas a la Vida Religiosa vienen por lo general fracturados y heridos por las distorsiones que la familia y la sociedad actual producen en niños y jóvenes. Una sana aspiración por amar y sentirse amados debe ser respondida por una comunidad capaz de no instrumentalizar sus carencias convirtiéndolos en trabajadores que satisfacen sus necesidades de supervivencia. Es muy importante que la persona sea algo más que su trabajo y que encuentre en la Comunidad posibilidades de vivir un amor auténtico, amistades auténticas. Allí donde se están haciendo las personas es donde está aconteciendo el Reino de Dios.

Restrepo M., Marta Inés. Carisma y profecía en la vida consagrada. Una llamada por el cuidado del fuego [en línea]. <http://usuarios.lycos.es/ciamaria/Documentos/carismaprofe.html> [Consulta: 8 de febrero 2005]